

12
328362

ANALE

Biblioteca Nacional
COMPRA —

ANALES PENITENCIARIOS.



R. 4763258

67/2198054

ANALES PENITENCIARIOS.

RAFAEL GOMEZ.

POR

Don B. Vicetto.



Sevilla.—1851.

Imprenta de **EL CORREO SEVILLANO.**
calle Jovellanos, núm. 4.

ES PROPIEDAD.

1.

A. C. C.

Mi bella amiga—¿por qué habeis escrito el paralelo de Safo y santa Teresa de Jesus? ¿por qué habeis escrito *Jarilla*, la *Luz del Tajo* y un tomo de poesias á las nubes, á las flores y á las ayes, y teniendo tanto talento como os conceden y yo tuve ocasion de admirar, no habeis escrito este drama contemporáneo de vuestro pais, en que la justicia humana hace un papel tan ridículo?

De vuestro pais...! de vuestro mismo pueblo natal, Almendralejo!

O tal vez habeis despreciado el episodio porque el héroe no es un conde, un marqués

ó un ministro?—Y qué me vale tanto para vos Rafael Gomez, el que, vecino vuestro, os tuvo en sus brazos cuando érais niña, porque érais estremadamente linda y decidora? El que teniendo tambien otra hija tan bella como vos, su amor de padre lo hizo asesino? El que, si á pesar de eso y aun por eso, hay un hombre digno de la estimacion de cuantos lo tratan, ese hombre es él, honrado, justo, y laborioso.

Vergüenza para vos, mi ilustrada amiga, que os dejais arrebatár este drama!

Este drama, en que un hombre de la clase del pueblo, un artesano en fin, se hizo juez y Dios de su causa en este mundo, á pesar del patíbulo que los hombres levantarían despues para él, ó de las cadenas con que lo agobiarían.

Y ¿qué te importaban á él los patibulos y las cadenas de esa sociedad que se cree justa y reparadora...? Su amor de padre lo elevaba sobre todas las miserias humanas, y á cualquiera que le hubiera dicho:

—Has hecho mal: has matado á un hombre; hubiera él contestado inmediatamente:

—Imposible que sea un padre el que me dirija tales palabras.

Y aun al Señor mismo, si el Señor un dia le dijera:

—Has hecho mal, has muerto á un hombre; él ¿no podia contestarle estas palabras de sublime elocuencia al besar el polvo de sus pies?

—Señor, ¿por qué me hicisteis padre?

Y cuidado que al escribir este drama no intentamos divinizar el asesinato, no; muy lejos de eso. Pero si sostendremos siempre, y como tal aducimos el hecho que encierra, que es disculpable cuando tiene semejante causa; y que la justicia de la tierra con Rafael Gomez no ha estado en armonía, ni con sus mismos sentimientos, ni con la naturaleza.

Que lean lo que sigue los padres de familia, y que nos contesten si nó.

II.

REVELACION.

Hace pocos años... al anochecer de una oscura y fría noche del mes de febrero de 1840, veíanse dos hombres y una niña de catorce á quince años, sentados en torno del hogar de una casa de la calle de los Frailes, una de las mas concurridas de la buena ciudad de Almedralejo.

Hablaban los primeros de sus operaciones mercantiles, pues ambos tenían invertidos en granos la mayor parte de sus pequeños capitales, y era su conversacion tranquila y afectuosa como la de dos hermanos; tal parecían quererse estos dos amigos. El uno D. Matias Gomez, persona bastante bien acomodada de aquel pueblo, y el otro Rafael Gomez, honrado y laborioso artesano del mismo.

Poro de tiempo en tiempo, los ojos de la jóven hermosura solian levantarse del suelo, doude parecía tener fija la mirada, y clavarla con intencion en los del hombre que hablaba con su padre. en los del hombre que tanto la habia querido desde niña, en los de D. Matias Gomez.

A cada una de estas miradas, hacia un movimiento de impaciencia el don Matias, y una inclinacion de cabeza apenas perceptible, como dando á entender á la jóven que la comprendia y que haria alejar de allí á su padre que era lo que parecian suplicarle sus miradas.

Momentos despues lo consiguió; pues Rafael Gomez, tomó su capa y salió á la calle á asuntos concernientes á la trata de granos, y que parecia haberle indicado su amigo.

Entonces quedaron solos los dos; D. Matias y Rosario.

Cuando llegó este momento, cuando los pasos de Rafael Gomez dejaron de oirse en la acera de la calle de los Frailes, Maria se le-

vantó llorosa y se arrojó en los brazos de D. Matías.

—Señor... señor... balbuceó; estoy perdida...!! miserablemente perdida!!

D. Matías se incorporó trémulo al oír estas palabras, pronunciadas por el acento de la mas terrible angustia.

—Cómo perdida, Rosario! le preguntó; ¿pues qué pasa?

Y la estrechaba entre sus brazos convulsivamente.

—Ab, señor! prorumpió la jóven sin dejar de llorar; voy á ser madre!!

A este grito que brotó de sus entrañas, á este grito pronunciado con todo el dolor de un corazón lastimado, el hombre pareció estremecerse desde los pies á la cabeza como una estatua sobre su oscilante pedestal, y los cabellos se le encrespaban por la impresion que lo conmovia.

No pudo hablar por el pronto. D. Matías sintió helársele la sangre en las venas, la cabeza abrasada y el pecho atorturado por la

voz de la conciencia. ¡Había seducido á la hija de su mejor amigo!

—Bien... dijo despues de una pausa... todo esto no vale nada... Mira, ahora no me puedo casar contigo por... por motivos que ya sabrás luego... De consiguiente, evitemos á Rafael la desesperacion que se apoderará de él si sabe esto.

Y se pasó la mano por la frente, al recuerdo de su amigo, y volvió á estremecerse mas y mas como si fuera á morir de terror.

—Mira... continuó D. Matias otra vez, dirijiéndose á la afligida jóven; es preciso que Rafael, que tu padre ignore siempre esto... ¿lo oyes? siempre! Oh! qué diria de mí! qué diria de su mejor amigo!

—Pero... ¿cómo podré ocultar esta desgracia dentro de poco, señor? preguntó la jóven profundamente abatida.

—Cómo?... Mira: yo te daré una bebida... y todo desaparecerá con ella.

—Sí!! esclamó la jóven con una admiracion honda.

Y las lágrimas que surcaron sus mejillas se paralizaron á la alegría que irradió en su frente.

—Sí; afirmó don Matias... ya verás... ya verás. . Voy ahora por ella... voy á preparártela.

Y desprendiéndose de los brazos de aquella pobre niña, se dirigió á la puerta.

Pero á los pocos pasos retrocedió precipitadamente.

—Maria... dijo acercándose á la jóven, cuidado con Rafael... cuidado que sospeche algo. . Oh! me mataria! nos mataria á los dos!

Y salió.

Cuando traspuso la puerta de aquella casa á donde habia llevado la desgracia, D. Matias aún iba trémulo, convulso, casi despavorido. Era la voz de su conciencia... era el terrible torcedor de haber engañado á la hija de su mejor amigo; pero de un amigo, pobre por su importancia social, es verdad; pero fuerte, formidable y terrible por la inflexibilidad de su carácter y sus poderosos bríos.

III.

EL BREVAJE.

Aquella misma noche se dirigió D. Matias á casa de un médico amigo suyo, con quien solia pasar el tiempo, é hizo recaer la conversacion sobre la eficacia de los remedios vulgares para hacer abortar á una mujer.

—Mi amigo, le dijo el doctor, no hay ninguno mas eficaz ni mas activo que los polvos de C. . . . ; pero tampoco ninguno que mas comprometa la existencia de la mujer á quien se les dé.

—Cuidado, dijo D. Matias, que el hombre que persuadiera á una á que los tomara, seria el hombre mas criminal del mundo, no es verdad?

—Séguramente; contestó el doctor, seria

un crimen execrable que ni la sociedad ni Dios perdonarán nunca!

—Sería preciso ser muy inhumano... para hacer una cosa semejante; volvió á murmurar don Matias cómo si hablára consigo mismo.

Y pareció estremecerse de nuevo al sondear el inmenso abismo á donde queria arrojar el corazon de una niña á quien habia seducido.

El doctor notó la alteracion y la descompostura de su semblante.

—Matias, le dijo, qué diablos tienes? Estás pálido, demudado, y hablas de unas cosas... estrañas!

—Pálido demudado... murmuró D. Matias, puede ser que esté palido y demudado, porque me duele mucho el estómago, y en cuanto á esa conversacion de los polvos de C. . . . ¡á! ¡á! ¡á!

Y se rió como un idiota; pero violentamente; muy violentamente.

—Y en cuanto á esa conversacion de los

polvos, doctor, me la ha sugerido el recuerdo de un libro... de una novela que acabo de leer en los folletines del *Eco del Comercio*.

El doctor calló: pareció darse por satisfecho.

Pero á D. Matias parecia disgustarle aquel silencio; y prosiguió al cabo de un momento.

—¡Cuántas patrañas traen las novelas, no es verdad! Cuántos crímenes terribles que nos quieren hacer tragar como si estuviéramos destituidos de sentido comun! Vaya, vaya! pues no lei en esa que un amante para no verse obligado á cubrir el honor de una jóven que habiá deshonrado, la dió unos polvos... de... de...

Y se quedó perplejo como si no recordárá el nombre de los polvos.

—De C. no? preguntó el doctor.

—Cómo? C. ?

—Si, C.

—Ah! eso es: C. Unos polvos de

C. . . . que deslizó en una taza de té... y se los dió á la jóven para que los tomára.

—Y... qué tal? preguntó el doctor; qué dice la novela? Murió la jóven ó abortó felizmente?

D. Matías se encojió de hombros.

—Ya no me acuerdo, dijo; no me acuerdo mas que de esa circunstancia...

Y tartamudeaba de terror.

—De esa circunstancia de... mandarle el amante tomar los polvos de C. . . . ; polvos que segun la novela tan solo los poseia... un nigromántico, ó qué sé yo!

—Cómo! prorumpió el doctor; pues si esos polvos se encuentran en cualquier botica.

—Sí! exclamó D. Matías; conque... en cualquier botica, eh?

—Sí, hombre; en cualquier botica.

—Já! já! já! volvió D. Matías a reir violentamente: qué demonio de novelas! pues no decia esta que acabo de leer que esos polvos solo se encontraban en casa de un... judío ó nigromántico!

Y un rayo de alegría diabólica irradió en sus ojos.

En seguida sacó la petaca y encendió un cigarro, que se puso á fumar negligentemente. Despues, volvió aun á hablar de los polvos de C. . . . Parecian su pesadilla.

—Mira, doctor, le dijo; por qué no escribes tú unos artículos contra esa novela? es decir contra eso de que los polvos de C. . . . los tenía solo el nigromántico?

—Matías, le dijo el doctor sonriendo; sabes que hoy estás insufrible; que estás mas que pesado con tus novelas y tus dichosos polvos de C. . . .!

—Pero, hombre, como lei esos disparates!

El doctor se encogió de hombros.

—Yo no encuentro en eso grandes disparates.... es decir, donde tú los encuentras, La sociedad es una mina de hechos horrendos y monstruosos que por mucho que se escribiera de ellos, mucho habria que decir siempre, y siempre nuevo. No es el primer

caso que sucede, ese que tú acabas de leer en esa novela. Una joven que toma polvos para abortar.... Jesús! esos crímenes pertenecen al capítulo 58 de los crímenes.... secretos.

—Pero, en qué diablos toman esos polvos?... en té.... en agua.... en vino.... ó en qué?

—En cualquier líquido, contestó el doctor.

—Pero se tomarán de noche.... para que hagan mas efecto.

—A cualquier hora siempre que se haya hecho la digestion. Se toma una cantidad de seis á veinticuatro granos de centeno de C. . . y punto concluido.

Y el doctor hizo un gesto de disgusto como si le fastidiára soberanamente aquella conversacion:

—Ea, dijo en seguida, juguemos al ajedrez.

—No, dijo D. Matías levantándose; no puedo con el estómago, y me retiro.

—Cuidado! dijo el doctor; no tomes en-

tonces nada que pueda aumentar esos dolores!

—Descuida, dijo D. Matías.

Y se despidió del médico.

IV.

MARIA DEL ROSARIO.

Aquella misma noche se procuró D. Matías los polvos de C. . . . , cuyo secreto había arrancado á la ciencia; y á la mañana del siguiente dia entró en casa de su amigo Rafael, en ocasion en que este se hallaba en su taller, trabajando entre sus oficiales.

Como eran tan amigos y hacia mucho tiempo que se querian, pues su amistad databa de la infancia, D. Matías tenia en aquella casa una confianza sin límites, tanto que pasaba en ella la mayor parte del tiempo y nada había reservado para él.

Por otra parte su influencia en la casa era absoluta. No se hacia nada de importancia que no se sometiese antes á su ilustracion, y las alegrías ó disgustos de la familia ó provenian de él ó se reflejaban en su alma. Era una intimidad notable, una adhesion profunda, cuya reciprocidad escitaba la admiracion de los que la presenciaban.

Aquella mañana, pues, entró D. Matías en casa de Rafael, y despues de saludarlo y cambiar con él algunas palabras de costumbre, se dirijió á la sala donde se hallaba Maria del Rosario, ocupada en su costura. Ninguna estrañeza inspiró esto, porque nada puede estrañarse en una casa de un amigo como D. Matías, es decir, uno de esos hombres dioses de ellas por su afeccion y desinterés, uno de esos hombres que, cuando los guia un pensamiento funesto, lo saben ocultar tan bien como el hipócrita de Moliere.

La jóven se ruborizó al ver entrar á D. Matías en la sala, y pareció estremecerse cuando este sentándose á su lado le dirijió

la palabra en voz baja, y mirando antes hacia el taller de su padre como si temiera ser oído.

—María, le dijo, circunstancias particulares y que no puedo vencer, se oponen por ahora á nuestro enlace...

La jóven palideció entonces é inclinó la cabeza como si estuviera al cabo de ellas: don Matías prosiguió:

—Tu estado es preciso que no se trasluzca lo mas mínimo, pues al jenio, al carácter de tu padre, me mataria inmediatamente. Preciso es, pues, si me amas que evites esa catástrofe terrible...

—Pues bien, señor... murmuró la jóven tímidamente; decidme lo que debo hacer en este caso.

—María, querida mia, dijo D. Matías en seguida; ayer he averiguado el nombre de cierto breverage de que habia oído hablar mucho, á propósito para salvarte y salvarme á mí juntamente.

—Diga V. cual, señor! imploró la jóven.

Le daba el tratamiento respetuoso de V, porque él tendría unos cuarenta años y la niña tan solo quince. Le daba el tratamiento de V. la infeliz porque á aquel hombre lo habia visto en su casa siempre considerado como á su padre Rafael. Le daba el tratamiento de V. á pesar de aspirar á su mano secretamente, y á pesar de haberse entregado á él, porque aquel hombre no era un amante.... jamás le habia inspirado este sentimiento, ni era posible habiéndose criado en sus rodillas.

Desgraciada niña que al abandonarse en los brazos de D. Matias, satisfaciendo sus deseos impuros, no habia tenido fuerzas para rechazarlo porque, débil criatura, la habia contenido el respeto...

Miserable hombre que habia abusado de aquel respeto!

—Mira: continuó aquel ser infernal.

Y sacó del bolsillo un papel doblado.

—Estos polvos los desleirás en una taza de café que tomarás hoy al anochecer pretestando que te sientes indispuesta. No tomes mas

nada antes ni despues, y Dios hará lo demás.

Dios! Aquel miserable aun manchaba sus labios con esta consoladora palabra, Dios! Bien es verdad que todos los de su especie lo tienen en la boca mas á menudo, que nadie, ya que ni lo pueden tener en la frente ni en el corazon.

Cambiaron algunas palabras mas, y don Matias salió de la sala en busca de Rafael.

Allí, en su taller se sentó á su lado, y con la sonrisa en los labios, esa sonrisa característica del hipócrita, esa sonrisa detestable con que cubren el cieno de sus almas inmundas, con esa sonrisa en fin acogia las palabras de su amigo y sus proyectos sobre duplicar el capital que invirtieran en granos.

Si aquel padre.... si aquel pobre artesano comprendiera aquella alma depravada que se denominaba el caballero don Matias; si descubriera en fin bajo la máscara de amistad su doble crimen de falso amigo y seductor, aquel pobre padre lo mataria allí ó se mataria él,

al impulso de la terrible decepcion que sufriría.

María del Rosario apenas comió el medio día, y dijo á su padre que le dolía la cabeza.

—Acuéstate, hija mia; le dijo este viéndola en efecto muy demudada.

—No, padre, le contestó; veremos si pasa el dolor, y sinó tomaré esta noche una taza de café y me acostaré temprano.

—Bien, María; le contestó Rafael.

Y se dirigió á su taller.

Al anochecer entró D. Matías.

—Qué tienes, María? le dijo á la niña viéndola muy triste sobre la costura.

La jóven tembló á esta voz, y á esta pregunta.

—Me duele la cabeza, señor. . . tartamudeó dolorosamente.

—Y no haces algun remedio? preguntó D. Matías.

—Nada, ningun remedio hace; se apresuró á contestar Rafael: dice que tal vez tomará una taza de caté antes de acostarse y que se lo hará temprano.

—Cómo, tal vez? preguntó D. Matías; qué es eso de tal vez? Niña, toma la taza de café que es muy bueno para el dolor de cabeza.

La jóven parecía vacilar, y D. Matías le lanzó una mirada terrible.

—Rafael, le dijo al padre; obligale á que tome la taza de café. Es de un efecto maravilloso el café de noche para la cabeza, no estando acostumbrado á usarlo á menudo.

—Hija, toma una taza de café y acuéstate; dijo Rafael afectuosamente.

Y se acercó á acariciarla.

Ay! á la infeliz entonces se le saltaron las lágrimas. Su mismo padre venia á ser un agente de su crimen, empujado por la mano fatal de su seductor.

—Bien.... tomaré la taza de café, murmuró enjugándose las lágrimas.

Y á los pocos momentos se acostó, pidió la taza de café, y D. Matías se la llevó á la cama.

Rafael permaneció en la sala durante este tiempo, y fumaba un cigarro esperando la vuelta de su amigo.

Por fin volvió D. Matias con la taza vacía, y una satisfaccion mal disimulada rebosaba en su semblante.

Los dos amigos pasaron allí parte de la noche fumando y hablando de sus proyectos mercantiles, y de cuando en cuando un suspiro tristísimo, salido de la alcoba de la joven, venia á confundirse con sus palabras.

V.

LA MALDICION DE LA ENFERMA.

A la mañana del siguiente dia apareció mas mala la infeliz niña. Su semblante en extremo pálido y desencajado, revelaba sus grandes padecimientos... De tiempo en tiem-

po algunas palabras que se escapaban de sus labios sin conexión y sin sentido, marcaban el delirio que la poseía... Una fiebre horrosa la consumía.

La causa de esta fiebre era un cuigma para la familia de Rafael, y llegó á serlo también para la ciencia, pues el médico que la asistía no acertaba á inquirirla.

—Todo no será nada... solia decir á menudo D. Matías á Rafael... Mañana ó pasado tal vez se levantará de cama tan buena como nunca.

Mónstruo! No sería nada... y demasiado sabia que dentro de pocos días se apagaría aquella existencia como una luz, al soplo fatal que le había dado.

Mónstruo! No sería nada; y solia deslizarse de cuando en cuando en los líquidos que administraban á la enferma, una cantidad de polvos de C.... aprovechando la ocasión en que nadie podría verle.

Pero una vez fué visto por una hermana de Rafael, y los ocultó en el bolsillo precipitada-

mente. La buena mujer no hizo alto en esta circunstancia, y aquello no tuvo resultado alguno.

Otra vez, al siguiente día, Rafael lo sorprendió tal vez con los polvos en la mano y un vaso en la otra.

—Qué es eso? le preguntó vagamente.

—Nada... contestó él dominando su turbación. Unos polvos muy buenos para destruir la fiebre; pero, que no lo sepa el médico porque... porque los médicos se oponen siempre á todas las medicinas que ellos no receten.

Rafael prometió silencio; y don Matias continuó administrando el brevaje.

Al acabar de beberlo la niña aquella vez, se agitó en la cama con fuertes sacudidas.

—Matias... Matias... murmuró con los dientes apretados, malhaya... malhaya seas!

—¿Qué dice? preguntó Rafael acercándose al lecho de su hija.

—Nada, contestó don Matias: está delirando aun.

—Pobre hija mia! exclamó Rafael enternecido:

Y don Matías lo separó del gabinete de la enferma.

Llegó la tarde de aquel día, sombría, oscura, y borra-cosa, y la fiebre de la niña aun no cediéra lo mas mínimo. Cada vez continuaba mas débil, mas consumida, mas delirante.

Al anochecer cuando se encendió luz en el cuarto de María, Rafael se acercó á su cama afañoso de continuar leyendo en su semblante la mejoría que le anunciaran y que nunca acababa de presentarse.

Acercó el velon á su semblante, y el brillo de la luz pareció ofuscar á la infeliz: y como si á éste choque óptico, las facultades intelectuales de la niña se despejáran, se incorporó vivamente en su lecho, cogió una de las manos de su padre entre las suyas y lanzó este grito desgarrador.

—Padre... padre, perdon!!

—Hija... hija mia! exclamó Rafael enter-

recido por aquella voz tan penetrante de la niña. Y la estrechó en sus brazos, de qué te he de perdonar María? le preguntó; de qué te he de perdonar, hija mía?

—Ay! suspiró ella.

Y reclinó la cabeza en la almohada.

Rafael creyó que aquello era un delirio de la pobre niña, apartó la luz y volvió á su lado.

—María, llamó.

La niña no contestó nada, ó si contestó, el estampido de un trueno que pasó rodando sobre la ciudad absorbió el eco de su voz.

—María! volvió á llamar Rafael,

Los brazos de la enferma se agitaron entonces desesperadamente y un murmullo precipitado salía de su boca.

—María!... María! exclamó aun Rafael tembloroso.

—Matías... Matías... barbulló otra vez la niña: malhaya, malhaya seas!

Rafael se precipitó sobre su hija, porque aquellas palabras, aquella maldición, parecía

pronunciada por la voz de la muerte. Cogió una de sus manos y estaba helada.

Rafael se estremeció, tomó la luz, volvió á acercarla al rostro de su hija, y la luz se le cayó de la mano.

Era que vió su semblante cárdeno y desfigurado por la última contraccion de los músculos la boca espumosa... y los ojos estremadamente abiertos y fijos en el techo. Era que María del Rosario habia muerto.

VI.

UN PADRE.

La desesperacion de Rafael no tuvo límites. Creyó volverse loco de dolor al ver sucumbir

en la flor de sus días á María del Rosario.

D. Matías lo consoló mucho. No se apartaba de su lado, y parecia mitigar su hondo pesar con las afectuosas palabras que empleaba para ello.

Así pasaron algunos días hasta que dos meses despues de la muerte de la pobre niña, y hallándose Rafael en un cortijo en las inmediaciones de Almendralejo, su hermana le manifestó las sospechas que tenia respecto á la seducción de don Matías y á las bebidas que administrara á María.

Estas palabras de su hermana fueron un rayo de luz para Rafael, que le iluminaron completamente en medio del caos en que vivia.

Sucede así las mas de las veces. Una palabra al azar es una revelacion grandiosa. Todo lo ilumina, todo lo aclara por muy confusos que se presenten los hechos; y entonces el hombre lee en el pasado de su vida como en un libro. Nada desperdicia la inteligencia; y el talento de comprension de la criatura da

unas proporciones gigantescas á lo que en si no parece mas que un átomo imperceptible, sin ligacion ni interés alguno.

Rafael leyó el pasado de su vida con respecto á don Matías y Rosario, y la figura de D. Matías se le apareció con los colores mas negros. Reasumió todos los detalles y le dieron un resultado funesto. Todo, por muy insignificante que fuera, lo sujetó al exámen, y vió en su mas íntimo amigo, su mayor traidor y su mas cruel enemigo.

Furioso, desalentado y frenético, se dirigió á la ciudad.

Era ya la caída de la tarde; el sol empezaba á ocultarse, las flores cerraban sus corolas, las aves trinaban en la enramada, los riachuelos murmuraban metálicamente; y todas estas armonías de los campos que se perdian entre el susurro del follage de los olivos, en nada cedian el huracan que rugia en su alma.

—Rafael.... Rafael.... le llamaban algunos que lo veian cruzar asi por el campo.

Pero él nada oía. Todas sus facultades intelectuales y morales las absorbía una sola idea de venganza.

En su ansiedad por presentarse ante don Matías, nada le imponía á aquella organización conmovida por el convencimiento de un ultraje supremo á su amistad, y á su dignidad de hombre y á su dignidad de padre. Salvaba las rocas y los arroyos como un gamo perseguido, y los árboles que ocultaban á su vista la ciudad, quisiera abrasarlos con el fuego de sus ojos.

Trémulo, desatentado y jadeante, penetró por fin en su casa. El sol acabára de ocultarse ya; pagó á sus oficiales y los despidió quedándose solo en ella, solo con un niño de corta edad que tenía.

Poco después entró D. Matías noticioso de su venida.

—Rafael; llamó desde la puerta.

—Entra, contestó Rafael modulando la voz; entra, estoy aquí, en la cocina.

D. Matías entró en la cocina, y levantán-

dose Rafael del asiento que ocupaba, cerró la puerta por dentro.

Entonces, allí, solos los dos, y á la vista del seductor y del asesino de su hija, todas las furias del infierno agitaron el corazón de aquel hombre, y todos los sentimientos que Dios depositó en el espíritu de un padre, parecieron conmoverlo como si la razón fuera á faltarle.

—Y mi hija...? y mi hija? preguntó á don Matias con los dientes apretados por una contracción que parecia una carcajada sarcástica. ¿Adónde está mi hija infame? adónde está mi hija...?

—Rafael exclamó don Matias espantado de su descompostura. ¿Te has vuelto loco?

—Loco! si.... loco...! bramó Rafael; me he vuelto loco porque has violado á mi hija; y loco porque la envenenaste para que no se supiera. Mal amigo, seductor y asesino; continuó Rafael, ahora verás lo que es un padre que va á vengar á su hija.

Y se abalanzó á él furiosamente.

—Rafael... Rafael... pronunció D. Matías, tratando desembarazarse de sus brazos, yo me casaré con tu hermana.... perdon!... perdon!..!!

Rafael no hizo caso de aquellas palabras. ¡Qué puede oír ni esperar de los hombres el corazón de un padre traspasado como aquel!

CONTINUACION DEL CUADRO VI.

UN PADRE.

Infame! infame! gritaba Rafael oprimiéndole fuertemente entre sus robustos brazos. ¿Qué has hecho de mi hijo? ¿Qué has hecho de mi María?

D. Matías balbuceaba mil palabras de per-

don; pero como antes, aquellas palabras no hallaban eco en el corazon de Rafael, en aquel corazon de padre tan horrorosamente martirizado:

—Matias... Matias... continuaba Rafael en la fuerza de su desesperacion; dónde está mi hija...? dónde está mi hija, infame?

Don Matias pudo desembarazarse esta vez de sus brazos y retrocediendo hasta un rincón de la cocina, se hizo fuerte con una silla.

Pero á Rafael nada le intimidaba. En el furor de venganza que lo poseia, se arrojó sobre el seductor y entre ambos despedazaron la silla.

Entonces, palpitante de cólera y de despecho, tendió Rafael los ojos á su alrededor como buscando un arma con que vengar á María del Rosario.

Un cuchillo de caza estaba en un bazar de la cocina.

Verlo y abalanzarse á él rápidamente todo fué uno,

Después, ya ni una palabra más brotó de sus labios, porque le ahogaba la cólera; dió dos pasos sobre el infame don Matías, y rápido, ébrio de venganza, clavó el cuchillo en su infame pecho.

El monstruo de D. Matías cayó à sus piés espirando entre un mar de sangre.

VII.

CONCLUSION.

Rafael se quedó algunos momentos contemplando àquel cadáver.

Pasados estos momentos se dirigió al cementerio del pueblo; buscó la cruz que señalaba la sepultura de María del Rosario, y allí

cayó de rodillas ante ella y derramó un raudal de lágrimas.

—Mañana, dijo el pobre padre creyendo hablar con su hija; mañana irá el infame de D. Matías á darte á la fuerza la mano de esposo en el cielo.

Después de estas palabras, se levantó, besó la cruz, y se dirigió á Asanchar, pueblo que distaba una legua de Almendralejo, y en el cual residían unos tíos suyos.

A los tres meses de este suceso, Rafael salió ocultamente de Asanchar, para dirigirse al extranjero, pero á la primer jornada se detuvo, y quiso volver á Almendralejo para esperar el fallo de la justicia de los hombres.

Llegado á Almendralejo se presentó á la justicia, y confesó lo que todos sabían ya, que él había matado á don Matías, y que le volvería á matar cien veces si cien veces resucitára.

Se le formó causa sin levantar mano, y Rafael Gomez fué sentenciado á diez años de pre-

sidio y retencion; pero la sala de Cáceres desestimó la condena y le impuso garrote vil.

Conducido á Cáceres para sufrir la último pena, el abogado de su causa leyó la siguiente súplica, digna de publicidad por sus elevados pensamientos.

«Excmo. Sr.—Antonio Concha, en nombre de Rafael Gomez, preso en la Cárcel de Corte, en la causa que contra él se sigue por la muerte que causó á don Matias Gomez, formalizada la súplica que tengo interpuesta del Real auto de vista que condena al que defendiendo en la pena ordinaria de muerte en garrote vil, que en su caso se ejecutará en esta Capital, digo: que V. E. sea de servir suplirle y enmendar y proveer como lo tengo solicitado en la anterior instancia, pues así procede en justicia por las razones siguientes:

D. Matias Gomez fué hallado cadáver en la casa de Rafael Gomez, y este ha confesado, que le causó su muerte: cuál sea su criminalidad y el castigo que merezca, son dos cues-

tiones que nos presenta este proceso de difícil resolución; pero que resueltas debidamente, nos pueden justificar la terrible pena del Real auto de vista. Se trata de un hombre que no tuvo crímenes que le manchen ni vicios que le cubran de rubor; de un ciudadano honrado que gozó siempre de la estimación de todo el pueblo de Almendralejo, que nunca fué reprendido ni amonestado por autoridad alguna, y que por su amor á el trabajo, su moral severo, su trato afable y elevados sentimientos descolló entre los de su clase, y vivió en frecuente comunicacion con las personas mas condecoradas y distinguidas; de un padre de familia que se desvelaba por la conservacion y bienestar de sus hijos, y que por sostenerlos regaba todos los dias con el sudor de su frente su taller de zapatero. Se trata de un hombre que desde su niñez fué amigo de D. Matias, y que estrechó con él sus relaciones hasta el punto de formar una sociedad de sus pequeños capitales, de permitirle á cualquiera hora la entrada en su casa y de mirar.

le como un maestro y protector de sus hijos. Se trata, pues, de un hombre que jamás hubiera roto tantos vínculos de afición y por tanto tiempo fortalecidos, sin que mediáran una causa ostensible y extraordinaria; que era imposible que ofendiera á don Matías, sin que antes fuese por él ofendido, y que cometiese un crimen sin que otro crimen no lo moviera. Con efecto, al delito de Rafael precedió un crimen que horroriza, y en cuyo castigo se interesa fuertemente la naturaleza, la razon y la sociedad. Rafael tenia una hija que se formó en los brazos de don Matías, y á quien este educó con el mismo afecto que si fuera su segundo padre; llegó esta jóven á la edad de los amores, sencilla y bella, y ese don Matías, amigo y sócio de Rafael, ese hombre que por tantos años aparentó ser el númen tutelar de su casa, hizo nacer en su corazon el deseo de seducirla; empleó todos los esfuerzos para usurpar los favores que debian estar reservados á una union legitima; en su tiránico furor subyugó los esfuerzos del pu-

dor; ajó con su afecto ilícito la flor que debía cojer el himeneo, é inmoló sin piedad á sus ardores criminales la inocencia de esta candorosa niña, con la seductora promesa de que la daría muy luego la mano de esposo; esta desdichada jóven quedó embarazada, y su pérfido amante, infiel á sus juramentos, y sordo á los deberes del honor y á los sentimientos de la naturaleza, la dió un antídoto ó brevaje para que abortase, y con él causó la muerte de su hijo y de su madre, y con él lleuó para siempre de amargura el corazón de Rafael Gomez con tantos ultrajes; y herido en lo mas delicado de su amor paternal, no pudo contener su sentimiento é indignacion, no pudo ahogar en su pecho su justa cólera, y llevado de un arrebato de furor, quitó la vida á ese D. Matias, á ese agresor, á ese criminal, que junto á sus pies él mismo se abrió su tumba, á ese infiel amigo que profirió la hospitalidad y confianza que le daba en su casa, que tuvo la perversidad necesaria para manchar con sus ósculos impuros

la cándida belleza de su hija, que con la mayor perfidia sometió su debilidad á sus deseos impetuosos, y que con la mas bárbara violencia arrancó para siempre de su seno á su propio hijo, y asesinó inhumanamente á su madre. Se trata de un hombre que se ha presentado voluntariamente al tribunal de justicia, no porque sienta la necesidad de una pena en el interior de su alma, sino porque tiene su justificación en el fondo de su conciencia: esa divinidad misteriosa, que con su invisible poder gobierna el universo, é imprime en todos los seres movientes sujetos á las leyes invariables, detuvo á Rafael Gomez cuando huía de su patria y le dijo: vuelve á tu pueblo y á tu casa donde te llaman los deberes de un buen patricio y cuidadoso padre, donde tienes á tu querido hijo que necesita de tu protección, y á quien yo quiero que comuniques tus sentimientos y tus virtudes, donde están tus amigos llorando tu desventura, y donde está tu delito y la causa que te disculpa. Vuelve á tu pueblo y á tu casa, y

dí á todas las a'las sensibles y virtuosas, y dí á los tribunales de justicia que no sienten el peso de tu delito, ni te aflige el temor de tu pena; que tus manos quedaron purificadas en la sangre del asesino de tu hija; que era mia la incommensurable ofensa que recibistes, y que por ti mismo debia vengarla.

Se trata de un hombre, que merece hoy mas consideraciones y mas aprecio que antes de ser procesado; de un hombre que él mismo ha confesado su delito, y que fué mandado poner en libertad á instancias de los nacionales de su pueblo por la junta gubernativa que se formó en Badajoz con motivo del pronunciamiento del 1.^o de Setiembre último. Mirado con relacion á estas autoridades no merece que se le imponga la pena capital. Su muerte no puede ser necesaria ni útil, porque su corazon no ha sido aun corrompido, y la sociedad no debe desprenderse de un miembro tan virtuoso y sensible, su muerte no será justa, porque su delito no ha causado alarma alguna en el pueblo de

Almendralejo, donde si posible fuera abrir un gran jurado, sería absuelto indudablemente por la justicia de la opinion pública, que tiene los mismos principios de moralidad que la de los tribunales. Mirado con relacion á la causa que le condujo á la escena de sangre, que es objeto de este proceso, se le encuentra justificado ante Dios y ante los hombres; el sentimiento que le moviera nació con él, está escrito en su corazon y circula con su sangre. El amor de un padre hácia sus hijos es tan intenso y tan natural, como el odio hácia sus asesinos; la cólera que nace de él ardormece sus facultades morales é intelectuales, y no hay poder humano que pueda contener el furor de este hombre á la vista del matador de su hija. El autor de la naturaleza no puede, pues, reconvenir á Rafael Gomez porque se dejara llevar de su sentimiento, que él mismo le imprimiera, tanto mas veliemente cuanto eran mas fuertes los vínculos de amistad que le unian con D. Matias: y la ley 1.^a, título 21, libro 12 de

la Novisima Recopilacion le escusa de la pena; por otra ley, si se le mira con relacion á las circunstancias que acompañaron á su delito. Él ha confesado que D. Matias atentó contra su vida, y que le fué preciso defenderse hiriendo; y hay en esta causa suficientes datos para creerlo: el sonido del tiro que oyeron los vecinos de Rafael, la herida que tenia el difunto en la mano izquierda, la manifestacion del hijo de aquel que estaba su padre riñendo con un hombre en su casa, y el hallazgo en ella de una pistola y las marcas de una perdigonada, todo indica que hubo pelea y que D. Matias disparó á Rafael el arma de fuego que llevaba antes de que fuese herido. Se dirá á V. E. que ese tiro se disparó por D. Juan Barquero; pero es muy extraño que solo lo diga este testigo tachable. que no haya declarado la familia y los criados de su casa, y que no oyesen el sonido sus vecinos inmediatos: se dirá que la pistola fué introducida en casa de Rafael por sus amigos, pero no hay un solo indicio

de su introduccion; se dirá que D. Matias usaba otra pistola mas pequeña, pero pudo buscarse esta ó tenerla reservada; y se dirá que no pudo llevar ese arma porque habia estado reclamando codornices aquella tarde, y era muy natural que en vez de tirar las piedras hubiese hecho uso de la pistola; pero era mas natural que se hubiese quitado la capa que llevaba: podrán hacerse algunas mas observaciones respecto á las circunstancias que acompañaron á el delito, podrá atacarse la existencia de alguna, pero ¿puede decirse que no hubo riña? Sin ella se le hallara á D. Matias una herida en la mano izquierda; sin ella llorára el hijo de Rafael é hiciera la manifestacion que hemos recibido: se ve claramente que la primera noticia que recibió Rafael de la causada muerte de su hija le produjo una lucha de afectos encontrados, y su primer pensamiento y su primer deseo le hicieron aprovechar la ocasion de entrar D. Matias en su casa, y buscar en él una reconvencion y una contestacion

franca que desvaneciese sus dudas y le volviera la tranquilidad que no tenia; y se concibe bien que preparado D. Matias de una pistola, como lo tenia de costumbre, le disparó un tiro, y acolorado Rafael con esta ofensa, y mas aun con la confesion de D. Matias de que fué el seductor de su hija, y con la promesa de que se casaria con su hermana, no le privó de la existencia. Vuelva V. E. sus ojos sobre este proceso y verá en él que junto á el sitio que Rafael causó la muerte á D. Matias está el sitio donde condujo y asesinó á la hija de su amigo, y que junto á su sepulcro está el sepulcro de la hija de Rafael, y que detras de su sombra está su amor impuro, sus vicios y su perfidia, y que delante de Rafael está su intachable conducta; está la imájen de su hija espirante, está, la amistad que por tanto tiempo les unió hasta los umbrales de su casa horrorizados de su conducta y hasta la naturaleza, inflamado su corazon y moviendo su voluntad y su brazo. Por tan-

to, y protestando ampliar mis observaciones otro dia.—*Suplico* á V. E. se sirva proveer y determinar como tengo solicitado, pido justicia &.—*Otro* si digo: Mi defendido, acaba de tener noticia que hay algunas personas que oyeron decir á D. Matias que estaba muy triste; y preguntándole por la causa, manifestó con la mayor reserva habia puesto embarazada á la hija de Rafael, y era ya público en Almendralejo que D. Matias la habia seducido y causado la muerte con una bebida que la dió para que abortase: conoció este que ya no podia vivir en su pueblo, y hay personas que declararon que se estaba preparando para ir á vivir á las islas Canarias; y los criados de la casa de D. Juan Barquero dirán que su amo no descargó el fusil ni otra arma en la noche del 13 de mayo de 1840. Estos hechos son interesantísimos á la defensa de Rafael Gomez; y como hasta ahora no lo ha sabido—*Suplica* á V. E. se sirva recibir esta causa á prueba y que los testigos que mi parte presentase sean echa-

minados con citacion contraria por las preguntas siguientes: 1.^a Generales de la ley = 2.^a Si sintieron la riña que hubo en casa de Rafael Gomez en la noche del 13 de mayo de 1840 entre él y D. Matias Gomez, y digan las contestaciones que le oyeron. = 3.^a Si tienen noticias que habiendo puesto don Matias Gomez embarazada á la hija de Rafael Gomez, y preguntándole un dia qué motivaba su desaliño y tristeza, contestó que habia seducido á la hija de su mayor y mas leal amigo, que este amigo era Rafael Gomez, y que sentia vivamente que lo supiera = 4.^a Si saben que don Matias Gomez, se estaba disponiendo para marchar á islas Canarias y cuál fuera la causa. — 5.^a Si saben como sirvientes de la casa de don Juan Barquero, que en la noche del 13 de Mayo de 1840 no disparó su amoningu arma de fuego. = 6.^a Si saben que en la casa de Rafael Gomez, se encontraron una silla despedazada cuando fué reconocida por la autoridad en la noche del 13 de mayo de 1840. — 7.^a De público y notario & *Otro si*,

digo: la Junta gubernativa que se formó en Badajoz con motivo del pronunciamiento del 4.º de setiembre del año anterior mandó rebajar la prision á Rafael Gomez, á instancias de la Milicia nacional de su pueblo, á solicitud que con este motivo hizo, y la determinacion de la Junta deberán estar en la Gefatura Política de Badajoz. A mi defendido le conviene traer á esta causa un testimonio; y para que así se verifique=*Suplico* á V. E. se sirva mandar librar la oportuna Real provision cometida á el Juez de primera instancia. Pido justicia en su auto supra.=Licenciado Felipe Calzado y Pedrillas.=Antonio Concha.»

Esta elocuente defensa del abogado de Rafael Gomez, influyó mucho en su porvenir, en su vida. La conmocion que produjo en el auditorio arrancó torrentes de lágrimas; y estas lágrimas corrieron mas y mas cuando Rafael Gomez con voz súmamente conmovida, dirigió al Dios supremo la siguiente plegaria el mismo dia de su vista de causa ante los magistrados de la audiencia de Cáceres.

Héla aquí.

«Dos cosas son las que tiene que pedir á la Divinidad el desgraciado que habla á V. E. Dios grande! dos cosas son las que espero hoy de los señores que me van á sentenciar: *el Presidio ó la Muerte*. Si lo primero, os pido encarecidamente me deis salud y fortuna para criar á este mi hijo, y educarlo bajo las leyes y la relijion que nos rije, para que otro dia sea un miembro útil á la sociedad: sí, hijo mio: si lo segundo, os pido, Dios mio, me deis valor hasta llegar al patíbulo, para que mi lengua pueda esplicar la fuerza que hace el amor de un padre hácia sus hijos; y tú, hija mia, levanta la losa del sepulcro que te cubre, donde vá tu padre á descansar contigo, y nuestras cenizas serán memorables. He concluido, Escelentísimo Señor.»

El espíritu público se conmovió mucho con

la sentencia de garrote vil, á que fuera condenado Rafael Gomez. El se habia adquirido las simpatías de todos; y para todos parece que ecsistia la conviccion moral de su inocencia, ó por mejor decir, de las causas legítimas que le arrastraron al asesinato, si puede haber alguna causa legitima para tanto.

Como una prueba de lo que acabamos de decir, consignaremos tambien aquí unas cuartetas que le sacaron á Rafael Gomez en Cáceres, y que circulaban impresas como un eco de los sentimientos de sus ciudadanos.

Leedlas tal se estendieron por aquel tiempo.

CUARTETAS

que le sacaron en la villa de Cáceres á Rafael Gomez y á su hijo Juan, el día del relato de la causa que le seguía por muerte dada á el seductor y asesino de su hija D. Matías Gomez.

Hijo de un hombre de honor,
Que por defenderlo fiel
Al pié del justo dosel
Pudo sufrir su dolor.

No viertan tus puros ojos
Lágrimas, no, de amargura,
Derrama una sola pura,
De tu hermana en los despojos.

No llores ¡oh niño! no,
Por tu padre solamente,
Que no hay borron en su frente
Si por su honor cobatió.m

Besa su rostro marcial
Donde se mira su fè.
Bésalo, que no se vé
La mancha del criminal.

Apacigua tu dolor;
Si te engaña un hombre falso,
Sube aunque sea al cadalso
En defensa de tu honor.

¡Viste la serenidad
De aquel que te vió nacer?
Pues nunca debió temer
La terrible eternidad.

Imitalo, es tu dechado,
Con honra siempre vivió;
No llores la pena, no,
Que lo haces ser mas honrado.

J. M. C.

Hemos querido aducir todos estos datos que adquirimos acerca de la causa de Rafael Gomez; y aunque han trascurrido ya diez años desde que acaccieron los sucesos que acabamos de referir, creemos que no por eso dejarán de interesar á nuestros lectores.

Sin ellos, sin estos datos, nuestro trabajo hubiera parecido el de un novelista. Sin ellos, sin la defensa del abogado, la plegaria de Rafael, y los versos que le sacaron en Cáceres, todo tal vez hubiera parecido una quimera.

No habeis leído, pues, una novela.

Habeis leído un drama; pero un drama verdadero, real; no un drama fantástico, alimentado por las ficciones de mi imaginacion de jóven.

Habeis leído un drama, en el cual un padre por haber dado muerte al seductor y asesino de su hija, fué sentenciado á la pena capital.

Esta es nuestra legislacion, esta es nuestra sociedad.

Y sin embargo, era preciso todo eso para

huir de la impunidad. Era preciso condenarlo á muerte porque *él* tambien habia matado á otro. Vida por vida.

Pero, ¿y la causa de ese efecto? ¿la causa del asesinato que hizo Rafael Gomez?

Porque, no hay efecto sin causa. Un hombre no mata á otro sin causa. Muchas veces la causa que arrastra al hombre al asesinato es tan insignificante que queda oscurecido por lo terrible del efecto; bien; pero al fin hay una causa, ó por mejor decir, hubo una idea que le impulsó al crimen.

Veamos, pues. — Rafael Gomez, honrado y laborioso artesano de Almendralejo, dió muerte á su mejor amigo don Matías Gomez; y este es el hecho, el efecto. Vamos á la causa.

— Rafael, ¿por qué has matado á tu mejor amigo?

— Porque me sedujo una hija, y despues la envenenó. Pero ¿ois? vos, quien quiera que seais que me dirijis esa pregunta, *sedujo y envenenó A MI HIJA!*

— Pruébalo, Rafael; prneba esos crímenes

que imputas á tu víctima.

—No puedo probarlos porque *esos hechos no se pueden probar*. No son hechos en que puedan figurar mas personas que la víctima y el verdugo. Como las circunstancias que concurren en la formación de mi causa, no despidan ese hecho como una luz que brote de las tinieblas guiada por la mano de un Dios, y á la cual llamareis convicción moral, no puedo probarlo de otro modo.

Dejais al reo, y os dirijís á sus conciudadanos.

—Vecinos y amigos de Rafael, Rafael ha muerto á su mejor amigo, y dice que ha hecho eso porque no siendo dueño de contener sus impulsos de padre ultrajado, horrorosamente ultrajado, apeló á la venganza por si mismo, matando al seductor y asesino de su hija. ¿Qué decís á esto, ciudadanos?

—Señor, contestarán; Rafael Gomez, honrado padre de familia ha llegado hasta la edad de 40 años sin cometer crimen ni villanía alguna. Merecia la confianza de todos nosotros

por su honradez y por sus buenos sentimientos. Ni era charlatan, ni pependenciero. No hablaba nada de mas, ni nada de menos. Grave, sencillo y pundonoroso, si ha muerto á su mejor amigo por lo que dice, lo creemos.

Esta contestacion de cualquier ciudadano de Almendralejo que darian entonces y aun ahora, porque ecsiste en todos una conviccion moral profunda de la causa porque Rafael Gomez fué asesino; esta contestacion unisona, general; que lo mismo la darian los mas encofetados ciudadanos de Almendralejo que los mas ínfimos, seria el mejor testimonio de elocuencia que invocariamos para evidenciar las causas del crimen de Rafael Gomez; causa justa, y legitima, porque reside en el corazon y en la cabeza, en el sentimiento y en las ideas; y porque reside hasta en la sangre que circula por sus venas, y hasta en su aliento, en su respiracion de padre!

Causa justa y legitima, que las leyes humanas no podrán nunca modificar.

Porque para tanto sería preciso arrancar el corazón de los hombres, arrancarles el corazón del pecho.

¿Qué ley del mundo podrá matar el sentimiento? Sería ir contra las leyes divinas!

.....
Detengámonos. No avancemos mas en las consideraciones filosóficas que se desprenden del crimen de Rafael Gomez. No nos toca ser su abogado; no somos mas que un cronista, ó un narrador de un suceso, como queráis.

.....
Sentenciado Rafael Gomez á la pena de muerte, no quedó persona de Cáceres ni de Almendralejo que no se interesára por él; penetrados todos de la causa que le arrastrára al asesinato.

A este interés general, á esta intercesion espontánea y leal de innumerables personas de posicion social que conócian á Rafael desde niño, quizá mas que á nada debió el desgraciado padre la vida; pues le conmutaron la pena de garrote en 10 años de presidio y

retencion.

Rafael Gómez ingresó en el presidio peninsular de esta capital hace diez años. Honrado y laborioso en su pueblo natal, como buen ciudadano que era, honrado y laborioso siguió siendo también en el presidio; y ningún penado merece ni mereció como él la confianza de sus gefes.

Diez años!! Diez años día por día ha sufrido de presidio.

Por qué?

Por ser padre.

¿Quereis leer el cesámen frenológico que hizo Cubi de este desgraciado padre?

Leedlo. Tomamos estos datos de *El Diario de Sevilla* del 7 de enero, y de varios periódicos de la corte.

Triunfo frenológico del señor Cubi presenciado y acreditado por el señor marqués de Sobremonte, comandante del presidio de Sevilla, el mayor don Martín Lérica, el furriel de dicho establecimiento don Blas Güell, el señor don Rafael Sobremonte y Ramírez y el

doctor en Jurisprudencia don Juan J. Bueno.

Visita al presidio de Sevilla.

Al visitar este establecimiento correccional, me propuso el señor comandante el examen frenológico de algunos detenidos, á lo cual consentí gustoso.

Tragéronme un presidiario que denominaré. núm. 1. Dije de él lo siguiente: Muy pendenciero, por nada pelea con sus compañeros, capaz de cometer un asesinato, dá mucho que hacer.

De otro núm. 2, dije: Es ladrón consumado, pero en el fondo es hombre de buenas entrañas. Dá poco que hacer. Con educación frenológica este hombre no habria jamás cometido crimen alguno contra la sociedad.

De otro núm. 3. dije: Gran estafador, hombre de la mas refinada astucia, capaz de engañar al mas ladino, y todo con apariencias de grave formalidad. Es un verdadero Lamela.

De otro núm. 4. dije: Hombre que á mí entender tiene arranques de loco, pero posee buena parte intelectual. No le faltan conocimientos, pero no tiene respeto alguno ni hácia los hombres ni hácia las instituciones humanas. El presidio puede sacar partido de su inteligencia.

Del último presentado núm 5. y llamado Rafael Gomez, dije: Este hombre no debiera estar aquí. Cualquiera accion que haya cometido por la cual se halle en este lugar, fué accion cometida bajo el influjo de circunstancias que nos hubiera obligado á cometerla á todos nosotros. No es criminal, tiene una parte moral extraordinaria, es incapaz de cometer una injusticia, prefiere mil mueres á dejar de cumplir con su deber. Tiene á mas buena inteligencia, y, con especialidad, memoria de contornos y talento matemático.

Como el señor comandante habia soltado ciertas espresiones que me indujesen á creer que este último preso examinado era un gran criminal, se quedo estupefacto cuando oyó mi

juicio. «Si hubiese V. dicho que este era hombre criminal;» exclamó, «no habría creído en la frenología, pero ahora veo que es una ciencia exacta, destinada á producir grandes beneficios á la sociedad. Los exámenes que V. acaba de hacer de esos cinco preses son maravillosos, idénticos son los juicios que de ellos ha deducido V. á los que deduciría de sus causas y conducta, el que las conociera como yo las conozco. Mayor triunfo no puede tener la frenología; y todos nosotros que hemos presenciado esta tan grata cuanto edificadora sesión, tendremos un gusto especial en certificar lo ocurrido.»

Manifestéme agradecido al señor comandante, y le supliqué mandase llamar otra vez al último examinado, para dar mas convincentes pruebas de la verdad del juicio que yo habia formado. Volvió en efecto, y al colocarle yo la mano sobre su grande órgano de *concienciosidad*, dije: «Este hombre no puede cometer ninguna injusticia.»—«No, no, imposible; jamás,» exclamó el examinado con

una voz de trueno, pero convulsa por el efecto de una inarrancable conviccion.

«Este hombre es un buen padre» dije yo luego, poniéndole la mano sobre la filojenitura. «¡Ay, si, si, si. Mi hija, mi hija, ay mi hija! Adoro á mis hijos, por ellos moriria mil veces!» Creyendo yo que iban á darle convulsiones, y estando cierto que ese órgano de filojenitura era tan grande y activo, que podia con gran facilidad magnetizársele, y que entonces lo estaba, procuré, soplando y haciendo pasas al revés desmagnetizársele. Efectuólo al punto.

Hice despues otras observaciones respecto algunos órganos escesivamente desarrollados, que escitaron, ó por mejor decir, produjeron rápidas, profundas y convulsivas manifestaciones de las facultades mentales que les correspondian. Este exámen arraucó al preso una franca confesion de ciertos maravillosos actos de su vida, que, conmoviéndonos á todos, sirvió de prueba incontestable de las verdades frenolójicas. Sevilla 4 de enero de

1846. —*Mariano Cubi y Soler.*

Nosotros los abajo firmados, como testigos presenciales de lo que acaba de referirse, certificamos ser verdad cuanto se lleva espuesto. Fecha ut supra.

El coronel comandante del presidio, *el marqués de Sobremonte.*—El Mayor, *Martin Lérida.*—El teniente de infantería y furriel de dicho establecimiento, *Blas Güell.*—*Rafael Sobremonte y Ramirez.*

Nada nos resta que decir mas de Rafael Gomez. Tan solo una cosa á los lectores de Sevilla.

¿Quereis conocerlo?

Ved ese hombre alto, fornido, de vista atenta y ademanes melancólicos; siempre callado y siempre silencioso en el almacén de venta del presidio de esta ciudad, situado frente á la puerta de Carmona. Ese es Rafael Gomez.

(FIN).





BIBLIOTECA NACIONAL



1001174896